



# Paso a pasito

\* Por José Rentería Torres

*Antes, en la infancia, las metas no existían, pero al crecer uno se las ponía a corto, mediano o largo plazo, pero ahora, uno las va cumpliendo al dar el paso, para ir: paso a pasito*



**Qué** diferente es pensar la vida a los ochenta, que a los veinte años, pero no crea que hay mucha diferencia en cuanto al método. Ahora alzo la mirada, miro unos metros adelante para saber hacia dónde me dirijo y hacia allá voy, fijándome en cada paso que piso para no tropezar, porque si no lo hago, directamente al suelo voy a dar, y en este dar es en donde se podrían presentar las fracturas de nuestros huesos, huesos rotos que incapacitan nuestra vida. Permítame hacer un paréntesis: Ciertamente el envejecimiento es

inevitable y, así como se nos nota al andar o en la piel de las manos, igual se va deteriorando el cerebro y los demás órganos y los huesos no tendrían que ser la excepción. Esto que le comento, no es un catastrofismo. El envejecimiento es un acontecer natural, como natural es también, nuestra naturaleza pensante que puede adelantar o retrasar el proceso del envejecimiento. En este ir viviendo, vemos por allá al bello Narciso, a quien los augurios le habían predicho que viviría muchos años siendo hermoso y conservaría su belleza,



siempre y cuando no se admirara a sí mismo, porque de ser así, envejecería. Era tal su hermosura que se enamoraban de él, tanto hombres como mujeres, era pedante el tipo. Cierta día, una pobre chica de nombre Eco se enamoró de él y él la repudió, entonces, por aquí entra Némesis (la diosa de la justicia y la venganza) quien salió en defensa de la joven, la diosa sabía aquello de las pitonisas e indujo al pedante para que se mirara en aquel arroyo de aguas espejeantes, y ¡zas!, cayó redondito. Y en su tanto mirarse, se quedó pegado en sí mismo, y al ver que envejecía, entristecido (en depresión profunda) acabó con su vida. Disculpe, lector, por haberme salido del guion original. Pero esta historia, no se ha terminado: Un poco más acá, está Cleopatra bañándose en una tina con leche de burras, o un Juan Ponce de León perdiéndose en la Florida en la búsqueda la de fuente de la eterna juventud, o el personaje de la novela de Oscar Wild en donde Dorian Gray no envejece, en cambio su retrato sí, o en el aquí, con los trastornos obsesivos compulsivos de quienes no salen de los quirófanos componiéndose lo que no le desfiguraron ayer, metidos y medidas

en sus fobias dismórficas, todo, por negarse a envejecer. Con esto no estoy negando el derecho de las personas de cualquier edad de arreglarse esto o aquello, o el uso de hormonales y más, esto es parte de la personalidad de cada cual y expresión de nuestra cultura. Ni quien lo dude, le decía, el envejecimiento es natural, pero también natural, es nuestra capacidad pensante. Le comento: Por las mañanas después de hacer mis caminatas en el parque, antes de llegar a mi casa, me detengo en la tienda de Ismael para comprar lo mandado por Carmen (y lo hago, porque prefiero que mi dinero quede en los bolsillos de uno de los nuestros y no que se vaya hacia el extranjero). En esto estaba, cuando delante de mí se encontraba un joven como de unos treinta y pico de años, con unos audífonos haciéndolo oír lo que oía sin oír a su entorno. ¡Uuy!, con los accidentes de tránsito. El muchacho pagaba dos cajetillas de cigarros. Disculpé, lector amable, ya me fui de lado, pero sigo por ahí. Hay un refrán popular que dice: "Así como es nuestra juventud, así será nuestra esperanza de vida", y por el refrán me salió lo entrometido, fue